

Es para mí un honor participar, una vez más, en esta ya prestigiosa Aula de Tauromaquia, a la que asiste un público fiel y entendido en la materia, y que dirige sabiamente mi buen amigo Rafael Cabrera. A la Universidad CEU San Pablo quisiera agradecerle, como aficionado, su inestimable ayuda y colaboración, por la infraestructura con la que dota al Aula y que se plasma año tras año en esas magníficas publicaciones, de cuya lectura se deleitan todos los amantes de la fiesta, y en las que se recogen las charlas semanales presenciales de los ponentes.

Esta vez me ha tocado a mí y espero obtener, relacionándolo con el tema que nos ha reunido aquí esta tarde, de tan preparada concurrencia, al menos una nota de aprobado, que evite mi destino al matadero.

Dentro de la complejidad que encierra nuestra fiesta nacional, el toro de lidia y su bravura plantean dentro de esta variedad pecuaria, un misterio genético que ha despertado siempre gran inquietud a los zootécnicos y ganaderos; y gran curiosidad a los aficionados.

Al animal no se le ha enseñado nada, sí algo lleva dentro, que será la sorpresa en el ruedo, es porque los ganaderos han sabido seleccionar su predisposición hecha en la tiente, ya que en los tiempos primitivos no estaba preparado para la lidia. La comprobación de la bravura es una prueba funcional corriente en la explotación de las ganaderías bravas, es una prueba original española con un nombre expresivo “La Tiente”.

Estamos, sin duda, ante la operación ganadera más importante y trascendente para conseguir, por un lado, el mantenimiento de la ganadería, y en la medida